

Revista Electrónica de Investigación en Filosofía y Antropología
NUMERO 2 (Diciembre 2013)
Editor: Decanato de Filosofía. UNED
ISSN: 2340-4442

ANÁLISIS SOCIO-ECONÓMICO DE LA CRISIS: CRÍTICA FILOSÓFICO-POLÍTICA DEL PRESENTE

Carlos Tapia de la Fuente

I

En 1944, el filósofo de origen austriaco K. Polanyi reflexionaba en su obra, *La gran transformación*, sobre las condiciones sociales y ambientales de la civilización moderna, observando que “el proceso económico podría proveer el vehículo de la destrucción, y casi invariablemente la inferioridad económica hará que el débil se rinda, pero la causa inmediata de tal rendición no es por esa razón económica, sino que reside en el daño letal causado a las instituciones donde está incorporada su existencia social.”¹

En la actualidad, la crisis financiera global que se ha desatado en el último lustro vuelve a poner de manifiesto las consecuencias derivadas en las esferas social y ambiental ocultas tras el velo del “bienestar” asociado al consumo de una aparente abundancia material, y revela la polarización social que provoca el modelo de desarrollo de nuestra sociedad. Pero, como observaba nuestro autor, el daño principal que genera una crisis como la actual no es tanto de índole económica, dado que en nuestras *sociedades opulentas* las crisis económicas no se traducen en escasez de medios de

¹ K. Polanyi, *La gran transformación*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, p.126.

subsistencia, sino que ese daño se expresa en su reflejo en la sociedad, en la que los impactos son irreversibles.

Por ello, la acción política, el objetivo de la acción social en cuanto a construcción de un espacio común, no puede permanecer indiferente ante los efectos de una crisis financiera, no puede aceptarlos con la excusa de que, a largo plazo, los efectos económicos vayan a ser insignificantes² y que, por tanto, en la esfera económica la situación sea reversible. La acción política debería trascender la esfera autónoma de la economía y volver a conectarla con la sociedad, no asumiendo el papel de esta última como instrumento de la primera, sino situando a la economía como instrumento del desarrollo social.

Pero, ¿cómo se ha operado esta “autonomización” de la economía que la ha situado como horizonte insuperable para la acción política? ¿Cómo se ha articulado su desconexión con la sociedad? ¿Cuál ha sido el fundamento ideológico que ha sustentado este proceso?

II

La base ideológica de desarrollo de la ciencia económica data de mediados del siglo XVIII, cuando los fisiócratas franceses «instalaron el carrusel de la producción, del consumo, del crecimiento y demás piezas constitutivas de la idea usual de sistema económico»³. En esta época destaca la confluencia de tres movimientos intelectuales que determinaron de manera fundamental el desarrollo de los axiomas ideológicos que ayudarían, posteriormente, a articular las categorías económicas del sistema actualmente imperante: la Reforma religiosa del siglo XVI, la Revolución Científica del siglo XVII, y la Ilustración del siglo XVIII.

Estos tres movimientos, con sus propias características y contradicciones, operarán los cambios necesarios en el nivel cultural para que se desarrolle:

² *Ibid.*, p.275.

³ J.M. Naredo, *Raíces económicas del deterioro ecológico y social*, Siglo XXI, Madrid, 2010, p.4.

- 1) una nueva idea de ciencia que nos lleve hacia el mecanicismo clásico, que supone el abandono de la concepción organicista del mundo a favor de una visión atomizada del mismo y permite interpretar el todo como una suma de agregados que pueden ser analizados de forma separada, y que a nivel social se proyectará en una agregación de átomos individuales articulados mediante impulsos también individuales y cuyo resultado será coordinado por una interacción “invisible” y “a distancia”;
- 2) se recupere el antropocentrismo que colocará al ser humano, de nuevo, en el centro del universo, y que se proyecta en la tendencia del ser humano a someter a su entorno físico para alcanzar sus objetivos⁴; y
- 3) se afiance la idea de progreso como dogma de fe, y la visión utilitarista en todos los ámbitos de la sociedad, permitiendo que la sociedad moderna se autoprocleme como meta y fin de la historia, justificando toda la evolución anterior como un progreso continuo, como producto de leyes históricas objetivas ajenas al ser humano y que permiten desarrollar el autoritarismo moderno.

Por tanto, y en primer lugar, observamos que a nivel ideológico la ciencia económica se desarrolla en un contexto en el que la sociedad resulta atomizada y se analiza desde una perspectiva en la que la totalidad se conceptúa como una suma de agregados que pueden ser analizados de forma separada. La relación entre las partes queda debilitada y esta *debilidad* es proyectada a nivel social, puesto que los individuos se conciben como elementos aislados que se desarrollan mediante impulsos también aislados e individuales. Además, el carácter progresivo de la ciencia, que se refleja en un proceso de acumulación del conocimiento, sustenta la idea de un desarrollo ascendente y expansivo, la base para una idea de progreso indefinido hacia una verdad absoluta.

En segundo lugar, apreciamos que, en este contexto, la esfera económica se emancipa de su vinculación con el entorno natural y social en la transición de la etapa

⁴ *Ibid.*, p.14.

fisiocrática a la etapa clásica, siendo estos autores, los autores clásicos, los que dan comienzo a una ciencia económica que, en adelante, se desarrollará de espaldas a sus efectos sociales y físicos. Las diversas críticas que suscitarán las crisis y tensiones sociales que provoca este desarrollo serán superadas dentro de la esfera teórica de la propia ciencia económica con la imposición de la escuela neoclásica, que será capaz de “sistematizar” los conceptos ya desarrollados por la etapa clásica y renovarlos en aquellos elementos que habían sido refutados por la experiencia. Sin embargo, este aislamiento de la ciencia económica se potenciará a costa de “reducir” el concepto de lo económico, de introducir las ideas de utilidad marginal y escasez asociadas al bien económico, y de homogeneizarlo a nivel pecuniario en la categoría de Capital.

La reducción de lo económico y su tendencia exacerbada hacia la creación de un capitalismo cada vez más poderoso configuran la base de la crisis en la propia evolución económica que lleva a la catástrofe social del primer tercio del siglo XX. La respuesta ante esta crisis nos conduce a la teoría keynesiana, que se centrará en superar la falsación empírica que se había producido del equilibrio económico clásico, aunque dentro del paradigma establecido y asentado en las etapas anteriores, sin pretensión de superar las categorías ya fijadas, sino, más bien, utilizando esas mismas categorías con otros objetivos finales. Lo que en última instancia se planteaba era un cambio radical en la política económica del estado, que pasaba de ser un elemento pasivo que dejaba la actuación en materia económica a las «leyes del mercado» de acuerdo con la ortodoxia clásica, a ser un elemento activo que estimulaba el ciclo económico atrayendo aquel capital privado que no se había puesto de nuevo en circulación como era de esperar según las teorías de equilibrio económico⁵. Este proceso de intervención será objeto de reflexiones, estudios y diversos debates, e integrará, en adelante, una nueva rama dentro de la economía, la «macroeconomía»⁶, mientras que la «microeconomía» quedaba a salvo de estas innovaciones keynesianas y se seguía rigiendo por los postulados

⁵ J.K. Galbraith, *Historia de la economía*, Barcelona, Ariel, 1989, pp.245-247, para una contextualización del pensamiento de J.M. Keynes dentro de la corriente que había impulsado la intervención estatal en la promoción de la demanda en Suecia y Estados Unidos con anterioridad a la publicación de su obra.

⁶ *Ibid.*, p.256.

clásicos⁷. No obstante, a pesar de la pretendida novedad del planteamiento, la consecuencia final será el mantenimiento del marco ideológico y las categorías básicas del sistema económico⁸.

Por tanto, y en tercer lugar, observamos que para la autonomización de la ciencia económica en su propia esfera teórica es también importante la forma en que se produce su propia evolución histórica, que se caracteriza por la revisión continua de una serie de conceptos económicos básicos que ya habían sido postulados por la escuela fisiocrática en los inicios de esta ciencia, y que se articularán bajo unos dogmas ideológicos que la etapa post-keynesiana vuelve a tomar de la escuela clásica. El concepto de riqueza, unido a la consideración de los objetos de acuerdo a su utilidad y escasez, las nociones de producción, trabajo, valor de cambio, crecimiento y, finalmente, la nueva noción de capital introducida en la etapa neoclásica, constituirán el núcleo del pensamiento económico que hemos heredado en la actualidad. Además, no debemos olvidar que estos conceptos son deudores del sustrato ideológico que proyectaba la visión atomizada de la sociedad, que asume la idea de un progreso indefinido, sustenta la relación entre la propiedad privada y la libertad individual del neoclasicismo, el racionalismo económico o instrumental, el utilitarismo, la idea de mercado abstracto, y la pretensión de universalización de este sistema en las modernas sociedades.

Y, por tanto, ¿cómo se proyecta esta autonomización de la ciencia económica en estas sociedades, y cuáles son sus efectos?

III

Nuestras sociedades modernas, *sociedades opulentas* en la terminología de J.K. Galbraith⁹, se caracterizan por haber superado las necesidades materiales básicas de las personas, que había sido el objetivo fundamental que había guiado el desarrollo de la

⁷ *Ibid.*, p.257.

⁸ J.M. Naredo, *La economía en evolución*, Siglo XXI, Madrid, 2003, pp.341-349, y J.K. Galbraith, *op. cit.*, p.257, «la proeza de Keynes se cifra en haber dejado tantas cosas como antes».

⁹ En 1958 J.K. Galbraith publica una obra titulada *The Affluent Society*, J.K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Barcelona, Ariel, 2004.

ciencia económica clásica, y haber generado una abundancia material que asociamos, actualmente, con el *bienestar*. Sin embargo, como el instrumental de la ciencia económica sigue siendo deudor del objetivo clásico de primar la producción de bienes materiales, de ahí la abundancia alcanzada, y dada su incapacidad de adaptarse a la nueva situación, por su desconexión con la situación social, sigue exigiendo fagocitar las aportaciones que se producen desde instancias críticas. En este sentido se comprende la *incorporación* de las teorías keynesianas a la *sabiduría convencional* de la época¹⁰, y la vuelta a la ortodoxia neoclásica que se produce a partir de la crisis económica de la década de 1970. La *innovación* monetarista que se aplica en esta época, apoyada en la creación del “dinero financiero” como producto de la ruptura de la convertibilidad en oro del dólar a partir de 1971, permite poner las bases de una nueva economía globalizada en la que las empresas transnacionales, gracias a la amplificación de su capacidad de adquisición y crecimiento en base a este “dinero financiero”, minan progresivamente el poder de los Estados en materia económica. La esfera de la economía se “financiariza” progresivamente, y las empresas *abandonan* su enfoque en las actividades productivas para gestionar sus finanzas, es decir, para potenciar un crecimiento económico desligado de la dimensión física y que opera en el nivel abstracto del Capital.

Y, de esta forma, el modelo económico adoptado por la “globalización financiera” se proyecta sobre la sociedad mediante una serie de ideas asumidas como “objetivas”, y que construyen una realidad ideal en la que todo transcurre de acuerdo a los “cálculos teóricos” de la ciencia económica, aunque se produzcan desviaciones de fuerte impacto social y ambiental. Este modelo social, además, es exportado conjuntamente con el modelo económico, de tal forma que se pretende universalizar la sociedad industrial occidental como si fuese un producto “natural” del desarrollo histórico. Pero, para asegurar el éxito de este proceso, el modelo social debe practicar una serie de “reducciones” en su complejidad, es decir, debe idealizar una serie de aspectos de la vida social de cada país para que se actúe de acuerdo al paradigma del

¹⁰ J.K. Galbraith, *La sociedad opulenta*, Barcelona Ariel, 2004.

sistema económico. Y estas reducciones del ámbito social afectan al individuo como actor principal en la sociedad, al concepto y generación de sus necesidades, al proceso de comunicación en la sociedad, al concepto de libertad derivado de la Ilustración y postulado por el liberalismo y a la política como instancia de articulación de la sociedad.

En primer lugar, la ciencia económica aprovecha su proyección ideal de una sociedad constituida por individuos atomizados para asociar la felicidad en el incremento de la capacidad de consumo de bienes materiales y su correspondiente afianzamiento de la *sociedad opulenta*. En última instancia, el consumo potenciado en la *sociedad del bienestar* no es sino el reflejo del objetivo económico de incremento de capitales que se perseguirá de forma individualizada en base a la idea de que este individualismo coadyuvará a una mejora de la sociedad en su conjunto. La construcción de esta visión social se proyecta, además, por encima de cualquier particularidad cultural, puesto que se asume de forma acrítica la asociación ética que se proyecta entre la conexión de la virtud moral del individuo con el éxito en este proyecto individual de acumulación. Las pretensión de libertad e igualdad derivadas de la modernidad deben ser sustituidas por un creciente consumo que reduzca la libertad a simple disponibilidad de “riqueza”, y por un sistema de relaciones sociales que, mediante la resignación y la anomia, reduzca el ámbito político a simple conformismo con la protección de la esfera privada y la indiferencia para con la comunidad. En otras palabras, el individuo moderno que se construye en base a la libertad y la igualdad queda reducido a un sucedáneo, a un sujeto que actúa dentro de la sociedad de mercado, una sociedad que, como observa F. Quesada, “exige, estipula y configura tanto un tipo de sujeto antropológico como impone e instituye una forma de vida social y una práctica política que difieren sustantivamente de la concepción democrática mantenida hasta el momento”¹¹. El nuevo individuo posmoderno se construye en base a este exacerbado consumo y una relativización de los valores sociales y vaciamiento de la comunicación y el lenguaje. El cambio radical de los valores sociales permite que la moderación, el

¹¹ F. Quesada, *Sendas de democracia. Entre la violencia y la globalización*, Trotta, Madrid, 2008, p.70.

ahorro y el trabajo abnegado se conviertan en una exaltación del yo y el placer en la etapa posmoderna, es decir, en un individuo, además de posesivo, hedonista¹².

En segundo lugar, el reduccionismo operado por el sistema económico en la esfera social también se ha proyectado sobre las dos dimensiones fundamentales del imaginario político moderno: la igualdad y la libertad. La violencia antropológica con la que se impone el sistema económico sobre la realidad social ha ido relegando la igualdad a un segundo plano, mientras que la esfera de la libertad se ha ido reduciendo paulatinamente, hasta convertir el gobierno político en una simple administración técnico-científica.

El paradigma de este reduccionismo social se recoge en el análisis que F. Fukuyama nos proponía en la esfera de las ideas –en su artículo ¿El fin de la historia?– con el objetivo de explicar los acontecimientos que se estaban produciendo a finales de la década de 1980, concluyendo en una victoria sin paliativos del «liberalismo económico y político»¹³. El siglo XX, que había comenzado, según nuestro autor, con la confianza absoluta del triunfo de la democracia liberal occidental, volvía a cerrar un círculo después de haber sido testigo de la batalla del liberalismo con los remanentes del absolutismo, el bolchevismo, el totalitarismo, y un marxismo actualizado propio de la Guerra Fría, y que C. Castoriadis había denominado "estratocracia". Por tanto, lo que auguraba era el agotamiento de cualquier vía alternativa al liberalismo, y lo traducía en el «punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental»¹⁴. En consecuencia, lo que F. Fukuyama postula es la realización a nivel ideológico de un "estado homogéneo universal" en el que las contradicciones se resuelven y las necesidades humanas se satisfacen.

Sin embargo, no podemos obviar que el argumento de F. Fukuyama sobre el fin de la historia se apoya, a nivel empírico, en la expansión del sistema económico neoclásico, que actuaría como factor de articulación de este determinismo histórico. Y

¹² G. Lipovetsky, *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, 2000, p.83.

¹³ F. Fukuyama, ¿El fin de la historia? *Estudios Públicos*, 1990, nº37, p.6.

¹⁴ *Ibid.*, p.6.

su éxito se basa, a su vez, en la capacidad del sistema económico imperante de *absorber* cualquier alternativa o crítica que se realice desde el marco de la propia ciencia económica, y que se ejemplifica de forma definitiva en la imposición de las tesis de la “Escuela Austriaca”, capaz de “encerrar” a sus *contrincantes* ideológicos dentro de sus propios postulados, abocándoles sin remedio a un fracaso absoluto. El núcleo fundamental de la argumentación que se impone lo desarrolla F.A. Hayek al postular que, bajo el rechazo de la autoridad de la historia para dirigir el devenir social y la pretendida independencia de cualquier "ley extrasocial", la alternativa es la ciencia económica proyectada a nivel social, y el mecanismo de mercado de la esfera económica como "herramienta" generadora de un orden social espontáneo, como más tarde lo hará M. Friedman, discípulo norteamericano de la escuela austríaca, cuando el keynesianismo entraba en crisis. El mecanismo de mercado aplicado a la sociedad se impone de forma absoluta y postula una libertad individual ilimitada que debería subyugar la igualdad democrática. La democracia liberal se limitaría a transponer los mecanismos del sistema económico al sistema social¹⁵, de una forma puramente abstracta y sin descender a las consecuencias sociales resultantes que K. Polanyi había advertido en su análisis de la mercantilización de la tierra y el trabajo¹⁶.

Desde este punto de vista, la actividad económica es el paradigma de la reconciliación de los intereses divergentes¹⁷, y la base de este sistema es el mecanismo de mercado imperante en la esfera económica. La evolución de la ciencia económica nos ha conducido, por tanto, a restringir la noción de libertad, incluso respecto de la posición inicialmente asociada al liberalismo. La mayor autonomía y libertad de acción del individuo pueden ser vistas como una virtud en las sociedades actuales, pero encubren un servilismo a nivel político y una dejación de responsabilidades respecto al

¹⁵ M. Friedman y R. Friedman, *Libertad de elegir. Hacia un nuevo liberalismo económico*, Barcelona, Grijalbo, 1980. En el Prefacio de esta obra se expresa con claridad la intención de la misma de tratar el sistema político de una forma simétrica al económico, puesto que ambos sistemas se consideran mercados en los que el resultado se determina por la interacción de personas que persiguen sus propios intereses individuales.

¹⁶ K. Polanyi, *op. cit.*, pp.222-251.

¹⁷ *Ibid.*, p.107.

resto de la sociedad¹⁸. La participación social se ve limitada al aseguramiento de los derechos de propiedad y no interferencia en los asuntos privados, sin necesidad de recoger ningún objetivo común a nivel social.

En esta situación, no es de extrañar que la función del gobierno, la participación ciudadana en la esfera pública y su organización a través de la política, hayan sido suplantadas por la simple administración de los asuntos económicos y, consecuentemente, de los asuntos sociales. La misma racionalidad instrumental adoptada en la ciencia económica se impone a nivel social, por lo que la acción política se limitará a una maximización de la eficiencia de los recursos disponibles, en un marco de actuación competitivo en línea con el paradigma del mercado, y con el único objetivo de asegurar el nivel de consumo y de propiedad privada del individuo. En este contexto, el proceso democrático es considerado, más bien, un obstáculo para el desarrollo del progreso social y el crecimiento económico. La democracia ha renunciado a los dos pilares fundamentales que sustentaban su imaginario moderno, y se ha convertido en la mera administración de los asuntos sociales.

Pero, esta renuncia a la democracia en favor de mantener el “carrusel” del crecimiento económico que asegure el bienestar material recuerda al análisis del cambio social en el siglo XX como respuesta a la necesidad de reformar la economía de mercado, que K. Polanyi realizó en su obra, *La gran transformación*. En aquella ocasión, el fascismo se erigió en el movimiento ideológico capaz de “extirpar” las instituciones democráticas, separando al individuo de la esfera política, para seguir asegurando un crecimiento de la riqueza social¹⁹. En la actualidad, el sistema económico neoclásico, como estamos observando, ha sido capaz de anticiparse a esta alternativa y, proyectando la abstracción de la esfera económica respecto de la social, ha articulado un vaciamiento fundamental del proceso democrático que hemos aceptado a

¹⁸ D. Harvey, *Breve historia del Neoliberalismo*, Akal, Madrid, 2007, p.62.

¹⁹ K. Polanyi, *op. cit.*, pp.297-307.

cambio de seguridad material. Como observaba J. Habermas, el estado técnico ha sido capaz de disolver el dominio político en administración científicamente dirigida²⁰.

En conclusión, el pretendido fin de la historia de F. Fukuyama como cierre del círculo que se había iniciado a principios del siglo XX²¹, y que concluía con la victoria sin paliativos del liberalismo económico y político²², podríamos interpretarlo como la aceptación a nivel ideológico de un dogma, la capacidad del mercado para organizar la sociedad y conseguir la armonización de los intereses individuales, superador de dogmas alternativos, como las fuerzas históricas de producción, o la superioridad de una determinada raza, pero siempre basado en el fundamento último de un determinismo histórico que justifica la situación actual de una forma externa a cualquier acción o decisión del ser humano. Como el autor norteamericano observaba con cierta perspectiva desde la publicación de su ensayo en 1988, la afirmación de que el liberalismo político se debía imponer a escala mundial se realizaba a nivel “normativo”, es decir, se asumía como un “deber ser” ineludible, y la base de esta afirmación, el nivel empírico que la justificaba, era la expansión del liberalismo económico proyectado como capitalismo en su versión neoclásica²³. Por tanto, la evolución de la historia nos dirige, irremisiblemente, hacia una configuración social determinada, fuera de nuestro alcance, y que se impondrá progresivamente a nivel mundial, gracias al desarrollo de la ciencia económica en su esfera teórica y su reduccionismo social, aunque su avance no estará exento de conflictos y aparentes retrocesos. Como afirmaba F. Quesada, se «ha llegado al solapamiento institucional de la política en aras de la economía»²⁴, por lo que

²⁰ J. Habermas, *Teoría y praxis*, Tecnos, Madrid, 2008, p.325.

²¹ Aunque él remonta el triunfo de los ideales de la democracia liberal occidental a principios del siglo XIX, cuando Hegel asume en 1806 que en la batalla de Jena la victoria de las tropas de Napoleón sobre el Imperio Prusiano suponen el comienzo de una expansión irreversible de los ideales de igualdad y libertad asociados a la Revolución Francesa.

²² F. Quesada, *Sendas de democracia*, Madrid, Trotta, 2008, pp.22-23.

²³ F. Fukuyama, The End of History, five years later. *History and Theory*, May 1995, vol. 34, nº2, Theme Issue 34: World Historians and Their critics, pp.27-43.

²⁴ F. Quesada, *op. cit.*, p.9.

asistimos a un «proceso de vaciamiento, de distorsión y de neutralización de los contenidos tradicionales de la política»²⁵.

IV

Consecuentemente, el efecto secundario de las crisis en el sistema económico sigue siendo la generación de nuevas configuraciones sociales que tratan de racionalizar las irracionalidades del capitalismo, creando nuevas oportunidades de inversión del capital, y condiciones para su reproducción, puesto que la riqueza se reduce a este elemento y sobre él gira todo el edificio económico²⁶. Esta nueva configuración social, no obstante, no es capaz de romper con la anterior en lo referente a su ordenamiento, puesto que las elites de expertos siguen administrando el sistema económico, mientras el resto de personas se contentan con ser capaces de mantener su nivel de consumo y propiedad²⁷.

La experiencia histórica analizada por K. Polanyi nos indica que, ante la fractura social de una crisis económica, la respuesta ha sido la negación radical de los principios de libertad e igualdad y la imposición de un nuevo factor que permita instaurar una solución autoritaria y una rígida jerarquía social. Y la actual crisis económica, ¿nos guía hacia una fractura social del mismo orden?, ¿y cuál va a ser la alternativa en este caso? La alternativa que potencie el ciclo económico y busque recuperar los parámetros de desarrollo social basados en la acumulación de la riqueza dentro de un mercado egoísta que prima el consumo y la propiedad parece ahondar en una realidad social muy alejada del ideal ilustrado, en un individuo posesivo y hedonista, desligado de cualquier tipo de construcción social, que renuncia a la igualdad a favor de la seguridad de su propiedad privada, y a los aspectos más inclusivos de su libertad a cambio del mantenimiento de su “bienestar consumista”. Ante esta situación, ¿no nos encamina esta alternativa, por tanto, hacia un autoritarismo debilitador de la acción política basada en la libre discusión reflexiva, reforzando la jerarquía social

²⁵ Ibid., p.9.

²⁶ D. Harvey, *El enigma del capital*, Akal, Madrid, 2012, p.16.

²⁷ Ibid., p.89.

imperante?, ¿no constituiría el acta de defunción definitiva de los valores ilustrados?, ¿no resulta una paradoja de los valores que pretende representar la democracia liberal?

De acuerdo con esta perspectiva economicista, en la sociedad actual apreciamos, en cierto sentido, la visión de aquellos que, según I. Berlin, «lo relacionan todo con una única visión central, con un sistema más o menos congruente o integrado, en función del cual comprenden, piensan y sienten -un principio único universal y organizador que por sí solo da significado a cuanto son y dicen»²⁸. De acuerdo con este argumento, el reclamado triunfo del liberalismo occidental respondería, por tanto, a una visión “monista” de la historia de las ideas que hace descansar la evolución de la misma en un único principio capaz de organizar y configurar la vida social sin necesidad de participación humana, es decir, un afianzamiento de la “heteronomía” que C. Castoriadis atribuía a la desregulación financiera de la década de 1980 y sus sucedáneos posteriores.

Por eso, en las actuales democracias liberales se repite una característica fundamental de los regímenes políticos desde las Revoluciones Francesa y Norteamericana, un “monismo” ideológico que impone una "fe según la cual existe el bien como algo dado"²⁹. En otras palabras, se asume la necesidad de imponer los valores propios al "otro" y determinar el "deber ser" de la sociedad de una forma acrítica y externa, como si hubiera alguna instancia, en este caso la ciencia económica, que nos trasciende y lo determinase. Y, en cierto sentido, como afirmaba I. Berlin, esta estrategia la comparten todos los regímenes totalitarios que presentan cualquier situación como crítica, eliminando cualquier tipo de interpretación que no sea la específica para alcanzar el fin impuesto, y que afecta a todos los individuos, pudiendo imponer las sanciones precisas ante cualquier desviación³⁰. En este mismo sentido, T. Todorov observa que las democracias liberales no han sido capaces de desembarazarse

²⁸ I. Berlin, *El erizo y la zorra. Tolstoi y su visión de la historia*, Barcelona, Ediciones Península, 2009, p.39.

²⁹ *Ibid.*, p.66.

³⁰ I. Berlin, Does Political Theory Still Exist? En *Concepts and Categories*, London, Pimlico, 1999, p.152.

de los mismos lastres de otros movimientos políticos que, desde las Revoluciones Francesa y Norteamericana, siguen siendo herederos, en cierta forma, de un legado ilustrado que, lejos de seguir la estela de pensamiento de Montesquieu o Rousseau, en el sentido de que la política debe reconciliar los intereses particulares puesto que la razón humana no es infalible ni determina el camino unívoco hacia la perfección, adopta una versión más próxima a Condorcet, que cree en la capacidad racional de armonizar los diferentes intereses individuales y erradicar cualquier mal que pueda afectar al ser humano, posibilitando un progreso continuo e ilimitado³¹. No en vano, este ideal "prometeico" que considera al ser humano como "perfectible" y tendente a lo ilimitado o infinito ha sido compartido por diferentes orientaciones políticas, «como el marxismo-leninismo y el no intervencionismo de la derecha estadounidense, el nazismo y la democracia liberal»³².

Por tanto, en última instancia, las diversas ideologías dominantes desde la Ilustración se han apoyado en la posibilidad de un «dominio técnico y confianza en un orden providencial»³³ que proyecta una racionalidad de las interacciones entre los seres humanos y una lógica de avance histórico que se orienta, siempre, hacia el progreso. Ante esta tendencia hacia un monismo modelador de la sociedad y trascendente a toda filosofía política nos planteamos la posibilidad de reclamar un pluralismo, la conjugación de diferentes valores humanos conscientes de que es imposible que todos ellos sean alcanzados al mismo tiempo, por lo que la esfera política se revelaría fundamental en la articulación de los compromisos necesarios para lograrlo. En otras palabras, como observaba I. Berlin, quizá debamos replantearnos si realmente es posible una sociedad sin ningún tipo de fricciones, una sociedad que armonice todos los intereses individuales de acuerdo a una "ley externa" y, por tanto, que haya vaciado completamente la política como instancia de discusión y confrontación de los diferentes ideales individuales, es decir, la política entendida como «el arte de mediatizar los

³¹ T. Todorov, *Los enemigos íntimos de la democracia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012, p.36.

³² F. Flahault, *El crepúsculo de Prometeo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013, p.15.

³³ *Ibid.*, p.61.

conflictos y de llegar a acuerdos entre grupos con intereses y deseos diferentes, incluso opuestos»³⁴.

En este sentido, frente a la defensa posmoderna de la imposibilidad de que los individuos planteen sus pretensiones emancipatorias de una forma común, es decir, la imposibilidad de alcanzar una autonomía colectiva a partir de la autonomía individual, la recuperación de sentido de la política tras este periodo de "vaciamiento de la misma" permitiría articular esta autonomía común, sin renunciar a la «pluralidad de formas de vida»³⁵ inconmensurables entre sí. Dentro de los movimientos sociopolíticos que podrían estar en la base de la gestación de un nuevo imaginario no cabe duda que el pluralismo cultural y de valores se sitúa en una posición fundamental para su articulación, aunque sin renunciar a la instancia normativa de la política centrada en la igualdad. Pero, la centralidad de la categoría de igualdad en la política «remite a su vez no ya a la categoría de la identidad, sino de la pluralidad»³⁶, por lo que ambas categorías se co-implicarían. Los dos imaginarios políticos precedentes conciben la política como un proceso de autorreflexión desde una instancia igualitaria que reconozca la posibilidad de participación activa de todos los individuos, por lo que la recuperación de la política en un nuevo imaginario parece que debería basarse también en este reconocimiento en una individualidad plural que articule la igualdad en el espacio público.

³⁴ *Ibid.*, p.112.

³⁵ F. Quesada, ¿Un nuevo imaginario político?, *Revista Internacional de Filosofía Política*, 2001, nº17, p.22.

³⁶ *Ibid.*, p.236.